

No era un hombre que atraiga. Vestía de negro, usaba gafas de marcos oscuros, su cabeza de tercera, estaba presa en forma sádrica, pero bajo el bigote atildado, bullía como espuma, su risa. Un sonrisa fresco, sano, que contagiable y abría un filón en su existencia austera, oscilante entre una moral hermética, maquinita y el desbordamiento por las amplias laderas del amarillo pasional, de la euforia justo a un vaso de vino.

No recuerdo cuándo nos hemos conocido, pero estoy seguro de que durante muchos años pasamos de cerca, mirándonos con esa hostilidad de los canes que buscan los mismos huecos, sin saludarnos. El escritor había crónicas literarias en algunos diarios de Concepción, yo publicaba mis primeros libros. Apenas nos separaban unos dos años de edad. Después, no recuerdo cuándo, llegó a mi casa en una muy helada noche de invierno. Eran más o menos las 23 horas y yo estaba en mi rústico escritorio. Aldo Torres Púa, venía de una agitada sesión del Sindicato de Escritores, una asamblea que yomismo había presidido horas antes, porque él se quedó desembalando por las fuentes de soda de la época, oyó comentar sus feos que le estuporaron. Era más cándido que yo en lo que atañe a la vida literaria o societaria de los escritores.

El poeta venía del sur, saliendo de una soledad aserrillada y carecía de la fe en el contacto humano, en la mano que al estrecharse, borra una ofensa, en los ojos que se abren y muestran un futuro, en la voz que a veces acaba como bocanada. Su idea de llegar hasta mi casa sin ser un amigo íntimo, al sospechar la posibilidad de un encuentro distanciado con el cual se encontró familiarizado, me llegó al corazón y nunca pude olvidarlo. Lentamente, iniciaron una amistad silenciosa, sin apuramiento ni prisa, de esas ligazones propias de los temperamentos considerados difíciles y que siempre resultan más recientemente unidos a los seres humanos que a las cosas, por muy hipotecables que estas últimas sean. Esta misma amistad condujo al conocimiento de su segunda mujer, Teba Roussette.

Evoca a una persona delgada, fina, con el pelo claro, cortado como el de un macho, de cara vaga, que llamaba al poeta por su diminutivo, acaso para compensarlo



Foto: Lucio Gómez

El poeta enlutado

de sus antiguos dolores o para esquivar, morigerando de astucia, sus encuestamientos, el rencor a la hora de desconfiar. "Teba le llevó la 'pila' a Aldo Torres", le dije en cierta ocasión al novelista Nicomedes Guzman, a la vez que entonaba la voz con su acento chileno y sin duda tenía razón. Pero este ambiente de dicha, no duró mucho. Teba que se encontraba en plena vitalidad y que arbolaba alegria todavía más su hogar y entrar al primer plano la honda ternura del poeta con un hijo, enfermo de cuidado. Aldo Torres cuya vasta cultura no podía excluir el peligro que se aproximaba, me invitó una vez, cuando

en mi fuero íntimo, informado por el mismo de los trastornos médicos a que habían sometido a su mujer, no me cabía duda del horror que se le veía encima: "Por suerte no es lo otro; si fuera lo otro, habría que pensar en suicidarse". Era, como siempre sucede, "lo otro" que avanzaba a paso de gigante.

Al poco tiempo, el hogar del poeta se deshizo. Aldo Torres que había vivido en Buenos Aires y Montevideo, resolvió irse a España y reunirse con Teba en Italia o Francia, si ella lograba viajar con alguna misión encomendada por la entidad internacional donde laboraba. Una noche llegó a nuestra casa Teba, sola, magra, triste. Su dolencia no había disminuido y comenzaba a perder esa ingenua esperanza que nos anima a la más extrema adversidad hacia circlos sobre nuestra cabeza. Su mundo navegaba en un buceo solitario y le había enviado una carta deprimente desde el centro del Tríptico; la biblioteca del ilido coleccionista estaba en venta. Habla que irse, buscar otro cielo como los pájaros migratorios, en pos de la vida o de la muerte. Esa noche mi mujer y yo acompañamos a Teba hasta una carreta donde se alojaba en el barrio Natus y al estrechar su pequeña mano tuvimos la certidumbre de que lo hacíamos por última vez. Pudió, sin embargo, algún tiempo ante de que conversaran las noticias dolorosas. Aldo Torres se vinculaba en Madrid, recorrer los lugares históricos, se instalaba en los museos, calaba finan-

se a los literatos sueños, como en todos partes del mundo, se perdía en los mercados prodigiosos de libros viejos. Hasta que en cara del 4 de abril de 1959, nos dice: "Hoy, hace justamente siete días que Teba dejó de existir. Fue el alboroto preso (28 de marzo), a las 23.30 horas. Había pasado con su hermana Elida a Buenos Aires el 17 de febrero; medida adoptada en previsión de lo imparable que se acercaba a grandes trances. Perdonarme no haber comunicado antes; niéndalo salgo un poco del aturdimiento. En otra explicaré. ¿Sé qué estás sintiendo conmigo?"

El poeta se radicó en Londres y desde allí emperóivamente nos cartas, sus postales con efigies de grandes escritores, sus encargos de extraños datos bibliográficos. La vida en Londres era dura, no era fácil una misión cultural bien remunerada; nadie se imagina que un poeta de verdad pueda convivir en diplomático, ni siquiera en algo apropiado a esos mestizos. Hasta que el 10 de noviembre de 1960, nos dice: "Yo espero decidir en diciembre el rumbo de mi destino, soy entre la Patria y el Alto Nuevo..."

Pero el hombre dice "yo espero decidir el rumbo de mi destino", y viene el destino, el azar, la casualidad oculta y decide por su cuenta. Un día llegó a mi casa una persona que anunció llamarle Nerary Castillo (el nombre civil de Aldo Torres era Adel Castillo Venegas) y que tenía un encargo urgente para transmitirnos. Nos encontramos ante un varón maduro, también moreno que llevaba una corbata de rosa negra; pero no insinuemos nada hasta que nos dio la triste noticia: Aldo Torres había muerto atropellado en una calle de Londres; en su bolso llevaba una carta nuestra con la dirección del residente y no nos indicó entre sus posibles referencias chilenas. El hombre, de voz suave y amable, de dientes también muy blancos, se sonó frente a nosotros y midió la progresión de nuestra pena. El poeta era el hijo mayor de una vasta familia surifica; su padre fue un pastor evangélico, un autodidacta que aprendió a leer después de los 30 años; su madre, era una mujer de espaldas rectas y pómulos altos que trabajaba a sus hijos con un tartero respiro. Nunca dejó de hablarles de usted. Aldo fue un rebelde al padre que predicaba y quería imponer su voluntad como un Jehová de la Proterez, y obviamente, en cambio, la predilección de su madre. Era, a pesar de sus rebeldías, risido y carecía de todo sentido práctico. "Yo —me agregó el hermano— sabía que tarde o temprano iba a recibirla en mi casa, quería si para siempre".

Fronte a mí la voz atable, con esa dulzura en la garganta hecha para hablar a los niños, a los pobres, a los enfermos, siguió callando recordar. La primera mujer de Aldo murió de tuberculosis y le siguieron muy pronto sus hijas pequeñas. El poeta se ardió y vivió de luto más de diez años. En Londres, cuyo trámite es distinto al nuestro, gozaba a un grupo de turistas chilenos, a estos retoños de gente muy admirada. ●

LUIS MERINO REYES

Aldo Torres Púa, poeta de la Frontera suelta, nació en 1910 y falleció en 1960. Es autor de "Independiente", 1933; "Cachilo", 1946; "Memoria permanente", 1952; "Otro-muñecito" 1955. Todos libros de poesía.

El poeta enlutado [artículo] Luis Merino Reyes.

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poeta enlutado [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)